

De Nuevo el Tema de la Traición

por Sebastián Salazar Bondy

A través de varios comentarios de la prensa norteamericana hemos venido a saber del éxito que está teniendo el libro "En busca de la herejía" ("In search of the Heresy") del crítico John Aldridge, el cual ha sido proclamado como el más severo enjuiciamiento de la conducta de los intelectuales de los Estados Unidos con respecto a sus deberes para con la sociedad actual de su país. El subtítulo del ensayo revela bien el propósito de su autor: "La literatura norteamericana en una época de conformismo". La tesis de este trabajo ha sido resumida en los términos siguientes: "El intelectual ha traicionado a la sociedad, desertando o acomodándose a ella, aburguesándose con ella, sometiendo a sus gustos y maneras, buscando como ella el "comfort" y la seguridad material. Conformándose, en una palabra, con el status quo". Se trata, en realidad, del mismo punto de vista que el francés Julien Benda expusiera en aquel discutido análisis literario que entre nosotros circulara hace años bajo el nombre de "La traición de los intelectuales".

El tema no es, pues, nuevo. En América Latina, donde los problemas económicos, sociales y políticos asumen caracteres sumamente críticos, se ha dicho, una y otra vez, que el artista, el escritor o el profesor universitario, han abandonado las trincheras de la lucha por el bienestar público y han buscado, al mismo tiempo, el complaciente refugio de la "torre de marfil" de sus rentas, su bufete profesional o su cargo burocrático o diplomático, cuando no han practicado, como vía de escape, el sistemático ausentismo de la patria. En su obra, el intelectual de esta parte del continente ha optado por rehuir, en general, toda referencia combativa a las injusticias del orden vigente, adhiriéndose, para el efecto, a las corrientes estéticas del momento que propician el purismo y el ejercicio creador al margen de la existencia real de las mayorías. Hemos tenido, pues, nuestra particular "traición", semejante a la que señala el libro aludido.

José Massip hace, en abono de la teoría de Aldridge, una relación de la actitud de algunos de los más renombrados escritores contemporáneos de los Estados Unidos: Hemingway, por ejemplo, trabaja con el pensamiento puesto en Hollywood, mientras Faulkner se entrega a vanas disquisiciones filológicas, y Dos Passos se dedica a la biografía de los próceres, en tanto Sinclair reconstruye melancólicamente el pasado. Así, un alto porcentaje de los poetas, los dramaturgos, los ensayistas,

los pensadores yanquis. Con acierto, el autor de "En busca de la herejía" los acusa de desertión. Podemos preguntarnos, ¿cuál ha sido la causa de este proceso de frivolidad? Tal vez el miedo. Desde que los Estados Unidos tuvieron que asumir su papel de gran potencia mundial, rodeados como han estado de los peligros bélicos más graves, se despertó una sensibilidad aguda contra todo tipo de rebeldía. En tal clima nació el "maccarthismo", el anti-progresismo de ciertas esferas oficiales, el Comité de Actividades Antiamericanas, etc., que comenzaron a vigilar estrechamente las ideas de los hombres de letras. Se produjo, primero, una literatura realista, pero gembunda, a la que siguió una literatura de evasión, preferentemente psicoanalítica, cuyo más exquisito representante fue el sorprendente Truman Capote.

No hay —la verdad es que ni en los Estados Unidos, ni en Francia, ni en América Latina— un sistema de razones y principios coherentes que explique el presente, enseñe a proceder ante él y asegure el desarrollo del porvenir. El artista, el intelectual, el científico puro, se ven envueltos en una atmósfera contraria a todas sus inclinaciones. Se asilan, en consecuencia, en sí mismos y en sus íntimas aficiones, dando la espalda, con gesto desdefioso en muchas oportunidades, al drama de los demás, del cual participan como individuos, pero del cual se liberan cuando se dan a su vocación profunda y exclusiva. Poetas y pintores abstractos, dramaturgos empeñados en revelar complejos e inhibiciones psicológicas, novelistas que eligen como asuntos las aventuras, ensayistas perdidos en las lucubraciones metafísicas: he ahí el fruto de estos años difíciles y cruciales. Son, sin embargo, los que estos temas tratan y retratan, personalidades que mediante sus creaciones influyen en las élites y mueven —especialmente en Norteamérica— a miles de personas, cuyo espíritu es moldeado dentro de las formas que ellos les proporcionan.

John Aldridge acusa a la inteligencia de su país de conformismo culpable. Es una voz que se levanta para protestar. Pero, ¿señala acaso una salida? ¿Da una solución? Parece que no. Es, de este modo, la propia acusación una manifestación más de la traición, porque resulta simple convertirse en fiscal, lanzar un anatema contra el pecado, pedir a gritos una sanción, sin insinuar siquiera el camino salvador. La herejía es patética, pero más patético aún es que nadie sepa, en este vórtice de horror, dónde está la verdad. Y John Aldridge, como Benda, no dan muestras de conocerla.